Sueño recurrente

Pablo Juan Carrera

Capítulo 1

"El sueño es el alivio de las miserias para los que las sufren despiertos"

Hasta los 9 años aproximadamente, viví en una casa realmente antigua que, desde el principio de los tiempos, había sido pasada de pariente a pariente hasta que finalmente mi madre recibió las llaves.

Era básicamente un montón de mierda. Tres pisos, un balcón derrumbado en el segundo nivel, moho y hongos en la mayoría de los techos, un pequeño baño y un inodoro gris estaban fuera. Las herraduras y las arañas estaban a la deriva, y cualquier otro tipo de infierno que el demonio pudiera tirar sobre nosotros era mejor.

Me sentía aterrorizada de niño, casi todo el tiempo, y básicamente asustada de todo. Ahora estoy mucho mejor y tengo unas bolas mucho más grandes que la mayoría de mis amigos (sí, lo digo yo mismo).

No obstante, probablemente tendría que echar la culpa de algunos problemas mentales a ésta antigua casa mía.

Recuerdo que de niño siempre tendría el mismo sueño.

Empezaría por la cocina, ni idea de cómo llegué allí, por supuesto. Fue durante el día, probablemente tarde, cerca de la cena. No había nadie alrededor, así que naturalmente iría a buscar a mi madre y a mi padre.

Fue a todos los lugares normales de la casa: mi madre no estaba en el cobertizo de lavandería ni en la sala de estar, papá no estaba en el patio afuera como tampoco en la parte de atrás, nadie había en el gallinero. Mi hermana tampoco estaba cerca, había salido con sus amigas.

Estaba empezando a preocuparme, pensando que todos se habían ido y que me habían dejado solo. ¿Quién haría la comida?

Hasta que escuché un ruido sobre mí desde el segundo piso, donde están las habitaciones. Nada de qué preocuparse. Aliviado, corrí hacia las escaleras y traté de volar por ellas.

Entonces lo sentí. O sentí algo. No sé. Había una cosa en la parte posterior de mi cabeza, que me hacía detenerme, la pierna todavía la tenía levantada mientras me preparaba para avanzar a dar el segundo paso. Algo que me decía que no debería subir allí. Créanlo o no.

Por supuesto, este pensamiento corría desenfrenadamente en mi mente: "No subas, no subas, quédate aquí, no subas, hay algo allí arriba"

Finalmente mi pierna cayó antes de que lo pudiera reconsiderar. Me subí por esas escaleras, paso a paso, y aunque no quería hacerlo más, no podía detenerme, solo no era capaz de frenar. Cada paso fue tomado a un ritmo agonizante, y tenía tantas ganas de volver a bajar las escaleras y encontrar a alguien mío, o correr a la casa de mis abuelos y quedarme con ellos hasta que mi madre estuviera en casa.

Pero finalmente, doblé la esquina, dejando solo los últimos pasos que conducían al piso delante de mí. Y saben, no había nada allí. No pude ver absolutamente nada en todo el largo en la escalera.

Empecé a tener esperanzas en este punto, tal vez estatba todo bien. Nadie estaba ahí. Supuse estaba imaginando cosas y que en definitiva todo iba a estar bien.

Todavía estaba tomando los pasos lentos, en drección opuesta, cuando eso apareció.

Algo estaba ahí. No me había equivocado.

Realmente no puedo recordar lo que era, a decir verdad, y nunca pude hacerlo después de despertarme. Fue horroroso, más allá de lo que se puede creer, y siempre intenté cerrar los ojos, porque eso era lo mío cuando era niño: si no puedes verlo, entonces no puede verte.

Pero todavía puedo verlo. No pude parpadear, no pude cerrar los ojos, era como si mis párpados no estuvieran funcionando. Incluso intenté sostener mis manos frente a mi cara, pero aún así no podía bloquearlas, puedo jurarles que veía a través de mis manos. Y no pude hacer nada ya que estaba congelado, incapaz de hacer nada excepto admirar a esa cosa a menos de un metro de mí.

Lo que vi, lo que hizo, durante esos dieciseis años que estuve en esa casa, me puso condiciones cada vez que tenía que subir las escaleras. De día o de noche, fue horrible.

Mi madre suspiraba cuando me escuchaba recordarlo y trató siempre de razonar conmigo; mi padre me gruñó, me llamó cobarde y mentiroso, y mi hermana se echó a reír, llegando a la conclsión que yo era un retrasado. Pero cada vez que tenía que subir esas malditas escaleras, tan pronto como llegaba a la escalera superior, tenía que detenerme y asegurarme de poder cubrirme los ojos con las manos, o de poder cerrarlos.

Por supuesto que me aterrorizaba bastante más cuando quería parpadear o agitar mi mano frente a mi cara y no funcionaba, entonces me daba cuenta de que, otra vez, estaba soñando.